

la casa de Omri. Para asegurársela, sacrificó Atalía su propia sangre y mandó quitar la vida a todos los varones de la casa de David, proclamándose ella misma reina y siendo reconocida como tal por el pueblo (1). Mas la princesa Josaba (Jehascheba), hermana de Ocozías (2), logró sacar furtivamente de entre los hijos de este rey, que eran asesinados en la alcoba (?), y ocultar de Atalía al menor, el príncipe Joas. Este vivió con ella en el templo durante seis años (3), sin que Atalía tuviese sospecha alguna del peligro que la amenazaba.

Al séptimo año del reinado de Atalía, se conjuran el sacerdote Joyada y los capitanes de la guardia real para derrocar a la reina. Todos los sábados, dos terceras partes de la guardia ocupan el templo para prestar servicio allí al monarca, mientras que la otra tercera parte, que ha estado durante la semana destacada en el templo, se traslada al palacio para dar guardia en él. Se conviene aprovechar esta circunstancia para reunir a toda la guardia en el templo y proclamar por rey a Joas, en tales momentos en que Atalía queda privada de todo medio de resistencia. Así se hace; la parte de la guardia que es relevada permanece en el templo, y toda ella forma en fila en torno del altar. Hacen salir a Joas del templo, pónenle diadema y brazaletes, y es ungido; la guardia aplaude y le aclama, como de costumbre, en el acto de la coronación, gritando: ¡Viva el rey! (4).

Un destacamento de la guardia queda encargado de custodiar el templo para impedir un golpe de mano por parte de los partidarios de Atalía; los demás se trasladan, pasando por la puerta de los guardias (5), al palacio, y el joven rey se sienta en el trono de David. Atalía, sorprendida en el palacio por los conjurados, muere a manos de estos. La ciudad permanece tranquila ante este cambio de monarca, pero reina gran júbilo entre el pueblo del campo.

Como hemos indicado ya en una nota anterior, tenemos en 2. Reyes, 11, 13-18ª, un fragmento de otra relación del destronamiento de Atalía, el cual discrepa principalmente en que según él la conjuración tenía también por objeto proscribir el culto de Baal, mientras que del reproducido por nosotros no aparece que existiesen tales motivos religiosos. No hace mención aquel de la guardia real, figurando en su lugar las milicias; y según él, Atalía se presenta en el templo en el acto de la proclamación de Joas, siendo hecha prisionera allí, y después de su muerte, el pueblo se obliga solemnemente al culto de Jehova, destruye el templo de Baal y mata a Maltan, sacerdote de este dios. Por la manera en que refiere estos sucesos parece poco fidedigno el tal relato, y desde luego

(1) En 2. Reyes, 11, poseemos una excelente relación de estos sucesos. En Bleek, pág. 258, ha expuesto Wellhausen las desfiguraciones que ha sufrido este capítulo en los v. 5-12. En la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1885, págs. 280 y siguientes, está demostrado asimismo que el trozo v. 13-18ª es extraño a este relato y constituye un fragmento de otra tradición discrepante sobre el destronamiento de Atalía. De la comparación de 11, 14 con 23, 3, puede deducirse que los versículos 13-18ª provienen de la misma fuente que 12, 5 y siguientes, y probablemente también el texto fundamental de 2. Reyes, 22, 23; mas solo como mera hipótesis.

(2) Pero indudablemente hija de otra madre distinta de Atalía. Para el texto primitivo de 2. Reyes, 11, 2, véase la Revista ya citada, páginas 279 y 280.

(3) Habitaba en el templo propiamente dicho, como se desprende con toda evidencia de 2. Reyes, 11, 11 y 12, y probablemente en una de las habitaciones laterales. Esta narración demuestra por otra parte que no debía haber entonces un personal numeroso en el templo; de no ser así, difícilmente se habría podido guardar el secreto. En las Crónicas aparece Jehascheba como esposa del sacerdote Joyada, lo que se presenta muy verosímil, pues que así su intervención en aquellos hechos queda mas naturalmente explicada.

(4) 1. Sam., 10, 24; 2. Sam., 16, 16; 1. Reyes, 1, 25-40.

(5) Por la misma que había de pasar al templo la guardia relevada en palacio.

le da este carácter su silencio respecto de la guardia real, sin la cual no habría sido posible realizar semejante cambio de monarca (6). La destrucción del templo de Baal y el asesinato de Maltan pueden muy bien ser hechos históricos, pero no inmediatamente relacionados con la entronización de Joas (7).

Poseemos, sin embargo, un testimonio mas completo de las condiciones religiosas de Judá, en tiempos de la dinastía de Omri, en la antiquísima obra del Jahwista que nos narra las santas leyendas de los antiguos lugares de culto del país, y que, según lo expuesto anteriormente, pertenece a esta época. En la citada obra se nos presenta en todo su vigor la antigua religión de Israel, formada por medio de la amalgama de ideas mosaicas con otras del paganismo semítico, enlazando todavía la vida espiritual de todo el pueblo y siendo su profesión el orgullo y la alegría de éste. En ella se refleja con la mayor viveza la regocijada animación en los lugares del culto, y el contento en la práctica de las costumbres heredadas de los padres, sin la menor sospecha del origen pagano de estas ni otra idea sino la del sumo agrado de Jehova en su perpetuación. Todo ello presupone perfecto acuerdo entre Jehova e Israel. Sin el mas leve presentimiento de la ruina que le amaga y con inquebrantable fe en su Dios, goza Israel tranquilamente de los bienes de la tierra que Dios ya había prometido a los patriarcas. El carácter particularmente judaíta del libro se manifiesta en el papel que en él representan los héroes de tribu Judá y Caleb, prescindiendo por completo de Josué, como también en las leyendas que contiene de Lot, Edom y la formación de los pueblos hebreos al otro lado del lago Salado (mar Muerto). Así se explica igualmente el colorido beduino de las figuras de los patriarcas. El jahwista describe el origen de los antiguos santuarios y de los usos practicados en ellos, apoyándose en las leyendas locales. Se fundaron a consecuencia de apariciones divinas y hazañas de los héroes, que se han perpetuado en las prácticas del culto. Es, por lo mismo, la teofanía el verdadero elemento del libro Jahwista. El sentimiento de la proximidad de Dios predomina en su exposición. Jehova se presenta, así a la luz del día, como de noche en los sueños, en figura de caminante; come bajo el árbol sagrado de Hebron con Abraham; se aparece junto a la fuente de Beerlahajroi a Agar, fugitiva de la casa de Abraham, y a ruegos de sus adoradores, les da presagios y les sigue a tierra extraña.

Además de las leyendas sobre el origen de los grandes santuarios de Bet-el, Hebron y Beerseba, nos refiere también el Jahwista las de Beerlahajroi, donde nació Ismael (Gén., 16) y donde habitaron primero Isaac y Rebeca (Gén., 24), y de aquel tercer lugar de culto en el desierto, Kadesch (Cades), que como los cercanos de Beerseba y Beerlahajroi, poseía una fuente y era santo también para las tribus del desierto, y con el cual parecen estar relacionadas en el libro del Jahwista las leyendas sobre Moisés y la permanencia en el desierto (8). Vemos igualmente en él el origen de los santuarios de Mahanaim, Penuel, Sukkot y Maseba de Gilead. Ya observamos a su tiempo que de ello nos daban también cuenta las anti-

(6) Si el cap. 11, v. 13-18ª, proceden de la misma fuente que el capítulo 12, v. 15 y siguientes y el cap. 22, v. 23, se hallan entonces muy distantes, en relación de tiempo, de los sucesos que relatan, pues que en tal caso no pudieron escribirse sino después de 621 A. C.

(7) Seguramente que la fuente de donde proceden 2. Reyes, 11, 1-12 y 18ª-20, narraría otros sucesos del reinado de Joas, y entre ellos acaso la proscripción del culto de Baal; el revisor del Libro de los Reyes pudo muy bien prescindir de ella en este punto, ya que reproducía el mismo dato sacado de otra fuente en 11, 13-18ª.

(8) En este punto, por desgracia, son muchas las lagunas en el libro J., siendo probable que precisamente aquí discrepara en gran manera del tipo posterior de la leyenda.

guas leyendas en forma relativamente definitiva, como asimismo que este trabajo solo pudo hacerse después de constituido el reino por David. Ya habían sido relacionadas entonces unas con otras todas las figuras locales de héroes, y estas con algunos lugares de culto a los cuales fueron ajenas primitivamente. Antes que Abraham morara bajo el árbol de Hebron (Gén., 18), ya había vivido en Siquem y Bet-el (Gén., 12, 6, 8). Con igual placidez narra J. los hechos de Abraham y Sara, como describe la competencia entre Jacob y Laban para engañarse uno al otro, en la cual Jehova acaba por favorecer a Jacob, y la manera como Jacob despoja a Esaú de la primogenitura, y luego, ayudado por Rebeca, de la bendición de Isaac próximo a morir. Las vicisitudes de José en Egipto no le interesan menos que las de Abraham. Como troncos y representantes de sus descendientes, presentando sus rasgos de carácter y obrando a su manera, ve en los patriarcas la personificación de los destinos de la nación. La última forma dada a estas narraciones procede de la misma época que tomó tan vivo interés en la lu-

cha varonil de Israel contra los sirios, y los personajes que se nos describen son indudablemente típicos de esta época.

Así, toda la nación se ha encariñado con estas figuras, y es también santo recuerdo para el judaíta la fundación de Beerseba por Isaac y la de Mahanaim, Penuel, Sukkot y Bet-el por Jacob.

Aquí aparece cuanto pudo producir de mitológico el terreno del antiguo culto semita de los espíritus. Es comprenderlo erróneamente equipararlo con las leyendas de los dioses de los pueblos politeístas, siendo solo dable su equiparación con las de los héroes de estos.

De la obra del Jahwista podemos deducir que la época de Omri se distinguió por extraordinaria actividad literaria. Una vez fijadas por escrito las leyendas hasta allí transmitidas oralmente, sigue luego el profetismo el ejemplo de la tradición sacerdotal, y se sirve también de la escritura, al propio tiempo que de la palabra hablada. Muchas de las leyendas de santuarios en los libros históricos, especialmente en el de los Jueces, es probable que sean asimismo de esa época.

LIBRO NOVENO

LOS PROFETAS Y LA RUINA DEL ESTADO

Preámbulo.

Hemos llegado al período mas importante de la historia del antiguo Israel. En él se desarrolla aquel movimiento intelectual de que Israel da único ejemplo en la historia del mundo: los profetas escritores. De este movimiento arrancan en último punto los bienes mas preciados que posee la humanidad.

A pesar de su significancia universal, el profetismo es de carácter puramente nacional. Se origina en la época en que el imperio asirio se dispone para arremeter a Israel y aniquilarlo, así como el antiguo profetismo se manifiesta en su mayor vigor cuando el Baal sirio amaga proscribir al Jehova nacional.

Así como el antiguo profetismo vence a Baal, del mismo modo el posterior prevalece sobre el imperio universal asirio y sobre su continuador el babilónico. Como el antiguo profetismo, el nuevo somete al pueblo a su ley, mas no defendiendo las ideas populares, sino combatiéndolas, luchando contra sus aspiraciones. No lo realiza con las armas de la fuerza y de la injusticia, sino interior y espiritualmente, por medio de ideas de paz y de salvación. No puede salvar al Israel material, y antes le anuncia su ruina. Así, a nosotros que conocemos el curso que ha tenido la historia, se nos presenta como vencedor en el preciso momento en que el Estado desaparece: como vencedor del propio pueblo que se le ha resistido, y a pesar de la ruina de éste, como victorioso también sobre el poder terrenal. Porque el bien mas precioso del antiguo Israel, la religión, a la cual se habían ligado íntimamente el Estado y el territorio, se desprende del territorio y del Estado y salva al pueblo de la ruina completa. El Estado de Israel se hunde, el pueblo es arrebatado del suelo de sus padres; mas la religión de Israel triunfa sobre el imperio universal y

sobre sus dioses. La significación del profetismo posterior es tanto mayor que la del antiguo, cuanto que su victoria es también mayor que la de éste.

El poder terrenal es vencido en la idea por el profetismo, por cuanto éste deduce la ruina de Israel de la justicia de Jehova, y demuestra cada vez con mayor fuerza que la ruina es consecuencia de la divina justicia. De este modo, en medio de todos los reveses que gradualmente producen la ruina de la nacionalidad israelita, se logra conservar la fe en Jehova. El Jehova de la antigua religión, tal como hemos procurado describirle en las páginas anteriores, no podía ser ya adorado como Dios nacional fuera de la tierra de Canaan. ¿Y qué aliciente podía tenerse para ello, si no había podido salvar a su pueblo de las manos de los enemigos, y había consentido que fuera devastada su tierra y arrancado de allí su pueblo? Si es que existía, había demostrado en todo caso que no era un ser capaz de prestar ayuda; y para esto es para lo que se necesitaba un dios. Los dioses de los paganos, que habían vencido a Israel, eran mas poderosos que él. De ahí que los restos del pueblo, desmoralizados por un destino que no podían comprender que fuera justo, habrían adoptado el culto de sus vencedores y sido absorbidos en la nacionalidad de estos.

Sucede, sin embargo, que precisamente en el mismo punto en que su pueblo sucumbe, Jehova es reconocido como el Dios justo, a cuyos fines deben servir también los paganos. Como ordenador universal, como ser que juzga con criterio moral y que ha de ser apreciado también así, el Dios de los profetas no tiene su igual entre los dioses de los paganos. Al mismo tiempo Israel adquiere conciencia de su especial significación dentro del mundo de los pueblos: los sucesos de la historia de estos constituyen un diálogo que Jehova sostiene con su pueblo, y en el culto de este Jehova posee un

bien del que no pueden despojarle ni la destrucción del Estado, ni el destierro del suelo de los patriarcas. Este es el primer paso dado en el camino de la transformación de la religión nacional israelita en religión universal.

La transformación de la idea de Dios en sentido moral trae consigo la de los conceptos de la moral humana, como también de las verdaderas formas y significación del culto; y este es el campo de ideas en que Israel ha sido el maestro de toda la humanidad. Después de la fundación de la religión por Moisés, es el segundo gran progreso religioso hecho por el hombre precristiano, progreso mucho más importante que el primero, si bien basado en él y facilitado por él. Y que esta inmensa revolución en el terreno religioso ha partido del sentido moral de la creencia en Dios y del concepto de Dios, será siempre provechoso recordarlo una y otra vez a nuestra generación.

El necesario reverso ó segunda parte de la predicación profética del juicio pronunciado por Jehová sobre el Estado israelita, es la idea mesiánica, ó sea la predicción del futuro restablecimiento de este Estado en forma agradable á Dios. El Jehová que juzga á su pueblo y le aniquila, si no se enmienda, en castigo de sus pecados, no es el dios colérico y furioso flagelador, imaginado por el pueblo, sino el justiciero á la par que el equitativo, el leal y el cariñoso. No castiga según la máxima: *fiat justitia, pereat mundus*, sino solamente para que Israel se aparte de los malos caminos y se enmiende. Y así como los profetas siempre dejan entrever la posibilidad de que si Israel se enmienda, Jehová no dirigirá el golpe que lo ha de aniquilar, del mismo modo justifican también esta extrema contingencia como necesaria para purificar á Israel. El castigo que Jehová envía á Israel tiene por objeto final el bien de este pueblo, á la manera que un padre procura la enmienda de sus hijos recalitrantes por medio de la corrección y del castigo. Sus planes del mundo sirven, por lo mismo, á los de salvación que se ha propuesto con Israel. Si, pues, á la pena sigue la conversión de Israel, Jehová, gozo y lleno de misericordia, vuelve otra vez sus ojos hacia él, reconstituye el Estado en su antiguo esplendor y dentro de sus antiguas fronteras, le da la victoria sobre los poderes terrenales, bendice á su pueblo con riquísima abundancia de bienes de este mundo, le educa y le conduce por los buenos caminos. Es un reino terrenal el que la idea mesiánica del antiguo Israel espera en el porvenir, la continuación del antiguo reino israelita, purificado de sus faltas é imperfecciones. En él no solo reina sin oposición el culto de Jehová, sino que se practica en la forma agradable á éste. Todos cumplen en su modo de proceder con las prescripciones de Jehová; el rey y los funcionarios cuidan de que así se haga. Considerando desde el punto de vista de nuestros modernos Estados cristianos los ideales de los profetas, nos han de parecer muy modestos en este punto; los modernos Estados cristianos garantizan las condiciones políticas, deseadas por los profetas para su pueblo en un porvenir más dichoso, si bien es cierto que en algunos casos se ven contrarrestados por el egoísmo de determinados individuos. La realización del derecho y la justicia, y el término de la explotación de los pobres y débiles, son el rasgo más saliente en la imagen mesiánica del porvenir.

De ahí que la predicación profética empiece con el llamamiento á la penitencia y termine con la promesa de la redención (1).

Merced á la idea mesiánica de esperanza fué posible cons-

(1) Por lo general, no se da la debida importancia á esta conexión del llamamiento profético á la penitencia con la promesa de una redención; la profecía que solo se componga de esta última, careciendo de aquel, no debe ser considerada como genuinamente antigua.

tituir con los restos del pueblo arrojado de su país la comunidad religiosa judía y trasplantarla posteriormente al terreno patrio. Ella fué el sostén espiritual del pueblo después de la época de los profetas. De ella arranca en lo principal no solo todo lo que en los siglos subsiguientes procura relacionarse con las ideas de los profetas, sino también el judaísmo fiel á la ley y satisfecho con ella. El judaísmo busca en el cumplimiento de la ley el medio de lograr gradualmente el reino predicho por los profetas. El judaísmo cumple su misión histórica en el mundo, por una parte, transformando cada vez más en sentido espiritual las esperanzas de los profetas, y por otra, no alcanzando el propósito terrenal de que acabamos de hablar. Precisamente en este punto se evidencia con especial claridad que no satisface á la debida inteligencia del desarrollo histórico la simple yuxtaposición del profetismo y del cristianismo, considerado aquel como la predicción y éste como su cumplimiento, y que el cristianismo proviene en primer lugar del judaísmo, y solo por medio de éste está ligado al profetismo.

Así se forma en las luchas espirituales del profetismo el mundo de ideas en que se asienta el judaísmo, sin que éste haya logrado darles todo su desarrollo y convertirlas en adquisición de toda la humanidad.

No se puede, pues, desconocer ni rebajar más al profetismo que considerando como misión suya predecir al pueblo particularidades, ya sea de los destinos futuros de Israel, ya sea de la vida del Salvador, ya de los destinos de su iglesia, particularidades que los profetas preven á manera de los magos paganos. En general, es interpretar del todo equivocadamente la página más grandiosa de la historia de Israel, el adjudicar desde luego á los profetas el papel de adivinos ó agoreros de sucesos futuros. Su actividad tiene más bien por objeto lo presente. No hay duda que también hablan de lo futuro, pero solo en tanto que éste es hijo de lo presente y como hijo, expiando las culpas del padre, goza de la recompensa de sus buenas acciones. ¿Quién querría cuidarse del presente de un pueblo que no tuviese porvenir? Todo lo que un pueblo lleva á cabo va encaminado al porvenir. Para que Israel vea lo presente á su verdadera luz, para que aprenda á entenderlo según el plan de salvación de Dios, y para que no malogre su porvenir, predicán los profetas; y de ahí que sus predicaciones consistan en la amenaza y en la promesa. La predicación profética, impresionando la conciencia de Israel y haciéndole ver una nueva imagen de Jehová, logró que la fe en Jehová sobreviviera á la ruina del Estado y á la separación del pueblo de la tierra de sus padres. Proclamando á Dios como el justo y el salvador, como el Dios de la historia, ha proporcionado el más precioso bien á la humanidad. El profetismo con su predicación de las condiciones morales que Dios exige de los hombres, no solo inició un expurgo de elementos paganos en el culto de Jehová, sino que operó también una completa transformación del concepto humano del culto. Una gran parte de los restos de paganismo semítico que se habían anidado en la religión mosaica, fué ya extirpada gradualmente del culto de Israel por los profetas durante su lucha con el culto nacional, mientras que otra parte de ellos solo desapareció merced á la conformidad con las ideas proféticas durante el cautiverio y después de éste por la sumisión á la ley. Ciertamente, como ya observamos anteriormente, algunas de estas reminiscencias se perpetuaron en la ley, y, por lo mismo, se manifiestan todavía en el judaísmo de nuestra época. Pero es de advertir para estímulo de los reformadores de todo género, que la casi completa victoria de los profetas en el dominio del culto solo pudo ser lograda porque estos edificaron un verdadero mundo de ideas y robustecieron con nuevas formas la fe en Jehová.

El cumplimiento de la misión histórica de los profetas es absolutamente independiente de la realización de sus varias profecías, como que, según es notorio, muchas de ellas jamás se realizaron. En esta parte Jeremías nos da el punto culminante del movimiento profético, pues que sostiene que toda sentencia profética es de carácter condicional, dependiendo su cumplimiento de las suposiciones de que arranca (Jer., 7, 5 y siguientes; 26, 4 y siguientes).

Si se aprecia la misión de los profetas como aquí la juzgamos, adquiere desde este punto nuevo aspecto la época de los imperios universales y de las luchas en Asia y África, época durante la cual, en medio de los horrores de todo género, es aniquilada una tras otra toda individualidad nacional, y se comprende más exacta y completamente la significación de la misión profética para el conjunto de la historia de la humanidad. No solo logramos de este modo penetrar en parte los misteriosos caminos de Dios en la gobernación del mundo, sino que vemos también en el profetismo, con mayor evidencia que en cualquier otro fenómeno de la historia de la humanidad precristiana, una demostración de la cariñosa solicitud de Dios por los hombres. No es, sin embargo, para nosotros expresión de esta solicitud la creencia de que determinadas enseñanzas fueran transmitidas por medio milagroso á los profetas, pues todas ellas arrancan de una serie de ideas religiosas existentes ya en el pueblo de Israel. Si hay quien niegue carácter religioso á nuestro modo de ver, porque acaso encuentre en él demasiado concepto histórico y muy poco de lo incomprendible, á ese preguntamos: ¿No es bastante maravilloso que los profetas, disintiendo de la convicción general, interpreten la situación de Israel como un estado de discrepancia con la voluntad de Dios y que, en antagonismo con la opinión pública en masa, deduzcan la consecuencia de un castigo que ha de alcanzar á todo Israel, y esto precisamente en una época en la cual parece que todo tiende al bien? Y además, la inquebrantable energía con que los profetas mantienen la idea, terrible para todo corazón patriota, de la proximidad de la catástrofe frente á reyes, sacerdotes, funcionarios de todo orden y pueblo, y hasta frente á otros profetas de distinta tendencia que predicen bienandanza, cuando es inminente la ruina, — esa energía, decimos, con que hacen ver el pecado allí donde el pueblo solo ve actos agradables á Dios, ¿no es lo más maravilloso y lo más opuesto al modo de proceder humano que se puede observar en este movimiento profético? No se necesita, en verdad, ni de los ridículos alardes, ni de los repulsivos escarceos en que tanto se complace nuestra época, á causa de su pobreza de fe, con las ideas de pasadas teologías, muertas ya en el mundo civilizado y que ninguna constelación política es capaz de resucitar, nada de eso hace falta para reconocer en la misión de los profetas una evidéntísima manifestación de la gracia de Dios.

A pesar de la novedad de la misión con que los profetas se presentan al pueblo y de su antagonismo en los primeros tiempos, designáseles con el mismo nombre de *Nebi, im* que llevaban los varones de Dios de que hicimos mención en las páginas anteriores. Con razón se les llamaba así, no solo porque á nuevas cosas y nuevas formas suelen aplicarse los nombres de las ya existentes, sino porque lo justificaban motivos especiales. Los nuevos profetas, como los antiguos, eran mensajeros de Jehová y anunciadores de su voluntad; como los antiguos, defendían la causa de Jehová ante el pueblo, y la de éste ante Jehová; sobre todo, en ellos se produce igualmente la pérdida de la propia voluntad, siendo dominados por las ideas de Jehová, si bien no siempre bajo los mismos fenómenos psicológicos; como los antiguos, contemplan imágenes y visiones, y una voz superior les indica su

interpretación; la mano de Dios se apodera de ellos y les obliga á anunciar ideas divinas, aun cuando á ello pretendan resistirse, como obliga también á los más tímidos á mantenerse firmes cual muros de bronce contra todos los poderes de la tierra. Están convencidos de que son mensajeros involuntarios que, como confidentes de las decisiones divinas, reciben órdenes superiores y en virtud de estas se presentan ante el pueblo. Como los antiguos profetas, traducen sus ideas en actos simbólicos, y las manifiestan también, como aquellos y los antiguos videntes, en forma poética y con preferencia en los lugares santos, por ejemplo, en el patio del templo de Bet-el ó del de Jerusalén, ante el pueblo congregado allí.

Pero se manifiesta la mayor profundidad de la misión religiosa de los modernos en comparación con los antiguos profetas, ya en que los casos de éxtasis no son tan frecuentes y van desapareciendo poco á poco, ya más marcadamente, en el uso de la escritura para propagar la predicación profética. En los más independientes de los profetas cuyos escritos han llegado hasta nosotros, se puede observar repetidas veces no solo que las ideas adquieren para ellos carácter de divinas por serles inspiradas en estado de clarividencia ó en sueños, sino que para formarlas les basta el impulso interno que les obliga á concebirlas desde el punto de vista de la conciencia que tienen de las prescripciones morales de Jehová, por más que esta conciencia sea contraria á todo cálculo y esperanza del hombre y aun esté en pugna con lo más aparente. Ya en Isaías se ve poco del éxtasis, y Jeremías de Anatót, el último de los profetas escritores, aunque tiene también visiones, niega que ideas inspiradas al hombre en sueños sean por este solo hecho de origen divino, y pretende que lo adquieren solo merced al sentido moral de la predicción profética, condenatoria del pecado (1). El sueño visionario y la ruidosa demostración de estar poseído de la palabra de Dios son, por lo mismo, sustituidos gradualmente por la tranquila reflexión y la consulta con Dios, las cuales por lo demás debían producir también en muchos casos visiones, por cuyo medio las ideas concebidas adquirirían, como por inspiración exterior, vida y forma en las imágenes forjadas en el espíritu de los profetas.

El uso de la escritura, para la mayor propagación de las pláticas proféticas, correspondería seguramente á las aficiones de toda aquella época y satisfaría sus necesidades. Hay bastantes indicios de que el uso de la escritura había progresado regularmente durante las controversias espirituales de la época de la casa de Omri. El apuntamiento por escrito de las antiguas leyendas de los santuarios, con cuya tradición oral se había satisfecho la gente durante siglos, y el de las leyendas de los profetas de aquella misma época, que también habían sido primero propagadas por boca de los narradores, demuestran que se había extendido entre el pueblo el conocimiento de la lectura y que ésta manifestaba la necesidad de obras sobre materias religiosas. Además, la propagación que lograba un discurso escrito era siempre mucho mayor que la del hablado, aun cuando éste pudiera ser oído por gran muchedumbre, y era además en todo caso mucho más exacta. Esto nos hace volver á lo que ya hemos indicado más arriba. Las alocuciones de los profetas escritores eran, como se explica por su propio objeto, largos y preparados discursos, que desenvolvían determinados conceptos; no se concretaban, como, por lo general, los de los profetas anteriores, con cortas sentencias (véase el ejemplo de Miqueas ben Jimías en las páginas anteriores), y era además su con-

(1) Jer. 23, 9 y siguientes, sobre todo v. 22-28. Harto vergonzoso sería para nosotros haber de demostrar la ventaja que en este concepto lleva Jeremías á muchos cristianos de nuestra época.

texto cosa bastante nueva para la conciencia del pueblo. Difícilmente podía conservarlas la memoria, y esta circunstancia era ya suficiente por sí sola para recomendar que fueran apuntados por escrito, después de pronunciados. Era este, al propio tiempo, el medio para inculcar de nuevo pláticas anteriores en la conciencia del pueblo, y en Jer., 36, 1 y siguientes vemos que estos manuscritos no solo estaban destinados a la lectura individual, sino también a ser leídos delante del pueblo. Por otra parte los profetas mostraban interés en que ciertas predicaciones se conservaran como testimonios para tiempos futuros.

Han llegado hasta nosotros profecías que aun conservan marcadamente la forma de arenga, como, por ejemplo, Isaías, capítulo 22 y cap. 28-31. Pero es probable también que á veces se creyera conveniente que ciertas ideas, frecuentemente tratadas ante el pueblo en pláticas aisladas, y del orígen bajo distintos puntos de vista, fueran expuestas en conexa relación, prescindiendo de la forma en que habían sido presentadas ya aisladamente. Poseemos también algunas de estas composiciones, siendo la más interesante la de Jeremías, 2-6 y 7-10, que abraza, en el primer trozo, las predicaciones de la época de Josías, y en el segundo las hechas en tiempo de Joaquín. Estas predicaciones no fueron puestas por escrito sino en el cuarto año del reinado de Joaquín, como el mismo Jeremías refiere en el cap. 36; de modo que desde el 13.º de Josías hasta entonces, el público se había contentado con la palabra hablada. Por lo que se nos dice en el mismo cap. 36, podemos apreciar la libertad con que se procedía en la redacción de estos escritos proféticos. Después de haber sido quemadas por Joaquín, en el cuarto año de su reinado, las profecías de Jeremías escritas por Baruch, bajo el dictado de aquel, y pronunciadas desde el año 13 del reinado de Josías, ó sea durante 23 años, encarga Jeremías á Baruch otro libro-rollo, y escribió en él de boca de Jeremías todas las palabras del libro que quemó en el fuego Joaquín, rey de Judá, y aun fueron añadidas á ellas muchas otras palabras semejantes (Jer., 36, 32).

Los escritos de los profetas que nos han sido conservados en el Cónon, están asaz unánimes en anunciar la sentencia que Jehova ha de pronunciar sobre Israel, y representan un desenvolvimiento progresivo de las ideas proféticas. Mas, en realidad, el movimiento profético fué de desarrollo mucho más variado, y hasta á un mismo tiempo prevalecieron ideas proféticas enteramente contrarias unas á otras. La relativa unanimidad que revelan ahora los escritos de los profetas es debida á que solo han llegado hasta nosotros después de un expurgo y de una revisión. La literatura profética que nos ha sido transmitida no fué coleccionada sino en la época posterior al cautiverio, y fué sometida repetidas veces, así durante el tiempo de la transmisión aislada, como después en colección, á una revisión de concordancia y expurgo de lo contradictorio con el curso de los sucesos históricos (1). Los escritos que revelaban semejante contradic-

(1) No son pocos los que aun se resisten, con razones especiosas, á reconocer el hecho de que la literatura profética no ha llegado hasta nosotros sino después de sistemática reforma. Sería verdadera maravilla que la parte profética de la literatura anterior al cautiverio hubiese tenido distinta suerte que la histórica y legal. Es desconocer las consecuencias de la catástrofe de 586 y su significación para la literatura profética, así como los movimientos espirituales de la época del cautiverio y de la subsiguiente, y sobre todo las peculiaridades de la transmisión de literaturas religiosas, el querer resistirse á semejante evidencia, indispensable para interpretar debidamente la historia de los profetas y apreciar los movimientos espirituales y apocalípticos, pero que también hace más difícil, por otra parte, el estudio de la literatura profética, demostrando una vez más que no es suficiente el criterio estético para la interpretación del Antiguo Testamento.

cion en el conjunto de su contexto, quedaron desde luego excluidos de la transmisión.

Ya anteriormente expusimos un ejemplo de este trabajo de concordancia, y señalaremos luego otros en Oseas, Isaías y Jeremías. De la simultaneidad de distintas tendencias proféticas dan testimonio muy particularmente los cap. 7, 26 y 28 de Jeremías. Los profetas censurados por Jeremías en estos pasajes representaban ideas que venían ya de Isaías y que en su tiempo habían sido proclamadas para la salvación del pueblo, pero que en la época de Jeremías malograban su predicación de penitencia. Los profetas representantes de conceptos contradictorios de los que nos han sido transmitidos, son los designados como «falsos profetas;» y como tales los considera la historia, porque no han sabido interpretar debidamente los planes de Jehova. Pero es indudable que estaban tan convencidos de la verdad y del orígen divino de las ideas predicadas por ellos, como de las suyas los profetas que en los escritos que poseemos les acusan de predicadores de mentiras y seductores del pueblo, siendo evidente, asimismo, que igual concepto merecerían estos á los otros. Querer negar esto, sería ignorar el temor del hombre de la antigüedad ante los poderes divinos.

Poco antes de la caída de la dinastía de Jehú aparece el primero de los profetas escritores, y es parte de su misión anunciar esta desgracia nacional. El estado de cosas que se había desarrollado en Israel bajo el gobierno de esta dinastía constituye el fondo de su predicación y de la de sus sucesores. Este es ya motivo suficiente para que debamos empezar el período de los profetas en tiempo de la casa de Jehú, por más que esta época tenga el mismo carácter exterior que la precedente. Israel está en guerra con los sirios, peleando al principio con harta mala suerte, mas desgraciadamente que nunca. Al fin logra libertarse por completo, pero este no es sino el principio del fin.

Dada la importancia que tiene, según expusimos en las páginas anteriores, la consumación gradual de la ruina de Israel, debemos dividir la época de la desaparición del Estado en dos períodos principales: 1.º desde la entronización de la dinastía de Jehú hasta la destrucción de Samaria (722), y 2.º desde ésta hasta la de Jerusalén (586).

Ya hemos dicho que teníamos datos muy suficientes respecto de la cronología desde 722 hasta 586 (A. C.). No sucede así en el período desde 842 hasta 722, por más que precisamente sobre los sucesos que en él se desarrollan nos encontremos muy bien informados, merced á las inscripciones asirias que dejamos analizadas en las páginas anteriores. No solo son raras las referencias á la Asiria que hallamos en el Libro de los Reyes, dada la aridez de su descripción histórica, sino que precisamente en los hechos mencionados así en el indicado libro como en las inscripciones asirias, se manifiesta con particular evidencia la poca fe que merecen sus cifras.

Según hemos dejado consignado, la principal discrepancia en la cronología de ambas series de monarcas, transmitida en el Libro de los Reyes, aparece en el período que media desde la caída de la casa de Omri hasta la destrucción de Samaria, pues que en él reinan 10 reyes israelitas en 143 años y 7 meses, y 7 reyes judaitas en 165 años. Pero el caso se presenta mucho peor aun para la transmisión histórica, pues según los datos de los asirios, fijados cronológicamente con toda exactitud, que consignan el pago del tributo israelita á la Asiria, en 842 por Jehú, y en 738 por Manahem, á lo sumo pudieron mediar 121 años entre uno y otro de aquellos sucesos.

Admitiendo que Jehú y Atalía ocuparan ya el trono en el año 843, habrían reinado, según el Libro de los Reyes:

ISRAEL				JUDÁ			
Jehú	28 años.	842-815 (1)	Atalía	6 años.	842-837		
Joacaz	17 »	814-798	Joas	40 »	836-797		
Joas	16 »	797-782	Amasías	29 »	796-768		
Jeroboam	41 »	781-731	Azarías	52 »	767-716		
Zacarías	6 meses.		Joatan	16 »	715-700		
Sellum	1 mes.		Acaz	16 »	699-684		
Manahem	10 años.	740-731	Ezequías	6 »	683-678		
Faceia	2 »	730-729					
Facea	20 »	728-709					
Oseas	9 »	708-700					

Resulta, pues, que, según la serie efraimita, la destrucción de Samaria debió de ocurrir en el año 700, y según la judaita en 678, mientras que en realidad acaeció en el año 722.

Los errores de la serie judaita son los más manifiestos. En primer lugar, es evidente que casi toda la duración del reinado atribuido á Joatan corresponde al de su padre Azarías, el cual, atacado de la lepra durante los últimos años de su vida, había confiado á Joatan su representación. Además, es muy exagerada la duración del reinado de Amasías, pues la revolución en que perdió trono y vida, se explica más naturalmente como efecto de las consecuencias de la guerra que en su arrogancia provocó contra Joas de Israel. Es inverosímil que, como se pretende en 2. Reyes, 14, 17, sobreviviera 15 años á este mismo Joas, y su catástrofe debió de ser anterior á la muerte de éste. Duncker (*Hist. de la Antigüedad*, páginas 270 y siguientes) reduce á 5 los 29 años de reinado que la Biblia atribuye á Amasías, y Kamphausen (*Nuevo ensayo de una cronología de los reyes hebreos en la Revista científica del A. T.*, 1883, páginas 200 y siguientes) lo reduce á 19; pero semejantes cómputos no tienen justificación alguna, pues que existe indudablemente la posibilidad de que los 40 años adjudicados á Joas, padre de Amasías, provengan de un error, ó de que ambas cifras estén equivocadas.

Lo defectuoso en la serie israelita está en las cifras de los reyes desde Manahem en adelante. Habiendo Manahem, según una inscripción de Teglat-falasar II (2), pagado á éste tributo en el año 738, no puede ser que, los tres reyes Faceia, Facea y Oseas reinaran en junto 31 años, sino que, cuando más, reinaron 16 años. Pero hay otro error todavía en esta serie. Los triunfos que Israel consigue en esta época sobre los sirios son consecuencia de incursiones de los asirios en la Siria, como del mismo modo los triunfos de ésta sobre Israel corresponden á períodos en que no se ve molestada por los sirios. A la apurada situación en tiempos de Jehú y Joacaz sucede un cambio favorable en el reinado de Joas, hasta el punto de que con Jeroboam logra Israel tomar la ofensiva contra la Siria. Las campañas asirias que facilitan estos resultados son las de Rammánirár, desde el año 806 en adelante, Salmanasar II (782-772) y Asaraddon III (772-752). A los reinados de estos corresponderán, pues, los de Joas y Jeroboam, quedándonos entonces para los de Joacaz y Jehú no más que 36-40 años, mientras que el Libro de los Reyes les concede un total de 45.

Pero tampoco es admisible aquí buscar la concordancia en la arbitraria modificación de las cifras de algunos reyes; como, por ejemplo, Duncker, que rebaja á Joas de Israel de 16 á 8 años y á Facea de 20 á 3, y Kamphausen á Manahem de 10 á 3 y al mismo Facea á 6. No se puede demostrar que las cifras bíblicas solo estén equivocadas precisamente en los reinados de estos monarcas, y mucho menos todavía que deban ser corregidas en la forma indicada.

(1) Computando el primer año entero de cada rey como el primero de su reinado.

(2) Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», páginas 223 y siguientes.

Por estas razones no puedo aceptar como fundada la reconvención que hace Kamphausen (en su trabajo ya citado, página 201) de poco considerada á la opinión que he expuesto sobre las cifras del Libro de los Reyes, y creo más bien no haber manifestado sino puramente lo que era lícito á un escritor prudente, dadas las circunstancias del caso. Sobre el período desde Jehú hasta la destrucción de Samaria, mientras nuevos descubrimientos de inscripciones asirias no nos proporcionen otros puntos de coincidencia, solo se puede aseverar con certeza que Jehú ya ocupaba el trono antes de 842, acaso desde 843, y que su hijo Joacaz debió de haber muerto ya antes de 800. No es posible decir cuánto tiempo reinaron Joas y Jeroboam, porque no sabemos cuándo comenzó el reinado de Manahem, ni siquiera si fué antes del año 838, en que Teglat-falasar recibió tributo de este rey de Israel. Como ya hemos indicado, la duración total de los reinados de los monarcas israelitas posteriores á Manahem, no puede exceder de 16 años; intentar, sin embargo, repartir este tiempo entre Faceia, Facea y Oseas, es de todo punto temerario, dada la deficiencia de la tradición histórica.

El rey judaita Joas es contemporáneo de Jehú y Joacaz, como su hijo Amasías lo es del Joas de Israel. Los reinados de Amasías y Azarías abrazan aproximadamente el período de 800 á 740, deduciéndose la primera fecha de lo que dejamos ya consignado; y el fin del reinado de Azarías no puede fijarse antes de 740, porque encontramos el nombre de este rey en inscripciones de Teglat-falasar que parecen referirse á sucesos de los años 742-740 (3). Azarías probablemente ocuparía el trono de Judá antes que Jeroboam de Israel (4).

Más adelante trataremos de las tentativas hechas para hacer concordar los reinados de los monarcas judaitas Acaz y Ezequías con la cronología de las listas asirias de Epónimos y actos de administración.

CAPITULO PRIMERO

DESDE LA CAIDA DE LA CASA DE OMRI HASTA LA RUINA DE SAMARIA

I. La dinastía de Jehú y el profeta Amós.

En muchos puntos la época de la dinastía de Jehú no es más que una repetición de los sucesos del período anterior. Se malogran los esfuerzos contra los sirios durante los dos primeros reinados y tienen mejor éxito durante los posteriores. Mas la miseria con Jehú y su sucesor es muchísimo mayor que en tiempo de Omri y Ocozías; el país llega al borde del abismo, y acaba por quedar herido y humillado á los pies de los sirios. La indómita tenacidad con que durante los reinados de Omri y sus sucesores eran recibidas las derrotas á manos de los sirios, parece haberse trocado en muda resignación. En cambio, con los tres últimos reyes de la dinastía de Jehú, Israel se ve completamente libre de la opresión de los sirios y hasta aparece otra vez como potencia dominante. A esto responde también un cambio radical en el espíritu público; los ánimos se mecen en indolente confianza y se entregan al alegre goce de la vida.

(3) Véase Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», págs. 219 y siguientes.

(4) Esto contradice lo indicado por Kamphausen en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1883, pág. 197. Es consiguiente que Kamphausen deduzca también que Joatan, mencionado en 2. Reyes, 15, 32, después de Manahem, Faceia y Facea, hubo de subir al trono después de este último, mientras que es indudable que su co-reinado con su padre corresponde al de Manahem, y acaso todavía al de Jeroboam, y su reinado personal al último período del de Manahem, siendo más bien Acaz el coetáneo de Facea.